

Madrid, 2-3 de octubre de 2020

PASTORAL JUVENIL

DESPUÉS DEL SÍNODO SOBRE LOS JÓVENES

Algunos puntos de no retorno en tiempo de pandemia

Rossano Sala sdb

«Jesús se puso a enseñar otra vez a orillas del mar. Se reunió tanta gente junto a él que hubo de subir a una barca y, ya en el mar, se sentó; toda la gente estaba en la orilla. Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas. Les decía en su enseñanza: “Escuchad: Una vez salió el sembrador a sembrar. Mientras sembraba, una parte cayó a lo largo del camino; vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en terreno pedregoso, donde no había mucha tierra y brotó enseguida porque la tierra no era muy honda, pero cuando salió el sol, se agostó y, por no tener raíz, se secó. Otra parte cayó entre espinos, y los espinos crecieron, la ahogaron y no dio fruto. Otras partes cayeron en tierra buena y dieron fruto: crecieron, se desarrollaron y dieron el treinta, el sesenta, el ciento por uno”. Y decía: “Quien tenga oídos para oír, que oiga”» (Mc 4,1-9).

El Sínodo sobre los jóvenes, una gran siembra

Buenos días a todos y a cada uno de vosotros.

En estos dos días me gustaría empezar con vosotros un recorrido que luego podréis continuar con vuestros responsables en los próximos meses. Ahora vivimos un momento de siembra, que tal vez no dé frutos de inmediato, como en toda siembra. Sólo habrá frutos si se consigue cuidar, acompañar y cultivar lo que comience aquí. El Papa Francisco, a este respecto, nos ha repetido de muchas maneras que «dar prioridad al tiempo significa ocuparse de iniciar procesos más que de poseer espacios» (cf. *Evangelii gaudium*, nn. 223). Nos esforzamos por tomar en serio esta afirmación, creando procesos de crecimiento en nuestras realidades eclesiales. Los puestos que ocuparemos se liberarán tarde o temprano y quedarán vacíos, pero los caminos que iniciemos ¡continuarán incluso sin nosotros!

El Sínodo sobre los jóvenes también debe ser entendido, en mi opinión, como una gran siembra. Por eso he querido comenzar nuestro encuentro dejando la palabra al protagonista de la pastoral, ¡el Señor Jesús! La parábola del sembrador es una “parábola madre”, porque ofrece la referencia central para entender todas las demás parábolas, es decir, la acción y el pensamiento de Jesús. De hecho, él mismo dice a los suyos que si no entienden el significado profundo de esta parábola no podrán entender todas las demás parábolas (cf. *Mc*

4,13: «Si no entendéis esta parábola, ¿cómo vais a entender todas las demás parábolas?»).

¿Y cuál es el sentido profundo de esta parábola? Si prestáis atención, el que siembra tiene dos características muy evidentes: es generoso y es desinteresado. *Generoso* porque no hace cálculos sino que siembra abundantemente por todas partes, en cierto modo, desperdiciando la semilla incluso donde, con lógica, no debería ser arrojada; *desinteresado*, porque deja que la semilla siga su curso, simplemente la confía a la tierra, sin preocuparse más por su destino. El Evangelio es la buena noticia de Dios confiada a nuestra libertad, a nuestra conciencia, a nuestra existencia. A un cierto punto Dios dice: “¡Ahora os toca a vosotros!”. La semilla cae en la tierra, y la tierra está llamada a hacer su parte, es decir, a crear las condiciones para que la semilla crezca, brote y dé fruto.

El Sínodo sobre los jóvenes fue una siembra tan abundante como desinteresada. Dios ahora confía en nosotros, en nuestra capacidad para acoger lo que se sembró. Nos toca a nosotros, le toca a cada Iglesia local ponerse en acción, manifestarse como buena tierra para eso que se ha sembrado. Dicho de otro modo: el Sínodo que se ha realizado a nivel de Iglesia universal sin una acogida en la Iglesia local es similar a una semilla arrojada en tierra estéril, está destinado a morir sin dar fruto.

Hacer trabajo pastoral en tiempo de pandemia

Todos vosotros sabéis, como agentes de la pastoral juvenil, educadores, hombres y mujeres consagrados y laicos, lo que pasó de 2016 a 2019. El Papa, después de una amplia consulta, convocó el 6 de octubre de 2016 un Sínodo sobre los jóvenes con el tema *Jóvenes, fe y discernimiento vocacional*. El camino sinodal fue muy articulado, profundo y fructífero, y se relanzó el 25 de marzo de 2019 con la publicación de la Exhortación Apostólica Post-Sinodal *Christus vivit*. Estamos hablando de un proceso largo y articulado que duró unos dos años y medio, con muchos momentos de encuentro e intercambio, y que produjo tres documentos importantes: el *Documento Preparatorio*, el *Instrumentum laboris* y el *Documento final*. Pues nosotros queremos seguir esta misma “lógica generativa”.

A este gran acontecimiento de la Iglesia universal se ha sumado en los últimos meses la pandemia. Comenzó a principios de 2020 y aún no nos ha abandonado. Una nueva experiencia en nuestro contexto globalizado. Podemos decir que a partir de aquí hemos vivido varias experiencias: por un lado, una experiencia de soledad y sufrimiento, y también hemos entrado en contacto con la realidad de la muerte; por otro lado, una experiencia de solidaridad y de compartir, porque nos hemos sentido en la misma barca, partícipes de un destino común. No sabemos si esta experiencia en su conjunto nos mejorará o nos empeorará, lo cierto es que no podrá dejarnos indiferentes. Cada nueva dinámica de vida desafía a nuestra libertad y nos pide que nos posicionemos.

Luego queda, desde el punto de vista teológico, la gran pregunta de qué es lo que Dios nos quiere decir por medio de esta pandemia. Porque si creemos –“¡yo estoy más que seguro de ello!”- que Dios nos habla a través de los hechos y de la historia, no podemos pensar que este acontecimiento global no tenga nada que decir a nuestra forma de ser, de pensar y de vivir. Dios habla de muchas maneras, y pide nuestra atención y reflexión para ser escuchado.

En la pastoral en general, y en la pastoral juvenil en particular, hemos vivido la experiencia de la distancia y de la separación. Hemos perdido la cercanía con los jóvenes y con todos los fieles. En primer lugar, nos hemos dado cuenta de que la cercanía es la primera condición para hacer pastoral: es realmente la condición que posibilita toda acción, y con esto hemos rehabilitado la lógica de la encarnación, que es precisamente una lógica de proximidad, de cercanía, de ternura y de contacto concreto. Sin esta “carnalidad” la pastoral pierde su concreción y su eficacia. Dios, en el momento en que se hace hombre, toca al hombre y ¡se deja tocar!

Esta distancia ha generado por un lado gran angustia y por otro ha abierto las sendas a una gran creatividad pastoral, especialmente a nivel digital. Se han hecho muchas cosas inéditas de las que hemos adquirido experiencia, que luego deben ser revisadas con sentido crítico y volver a calibrarlas pastoralmente. La Iglesia en su conjunto ha buscado nuevas formas de llevar la luz del Evangelio al corazón de los hombres. A veces, hemos de admitirlo también, con medios y modos no siempre adecuados, que nos han hecho ser conscientes de lo fuera de onda que estábamos de la vida real de las personas y de cuánta distancia había entre nosotros y los jóvenes. Pero fue realmente interesante que todos, de una forma u otra, mantuvieran viva su pasión pastoral.

* * *

Después de estas dos premisas, trataré de lanzar diez pequeñas pero significativas semillas, que recogí del recorrido sinodal y de mi elaboración personal de este camino que me ha hecho crecer como hombre, como consagrado salesiano y como sacerdote. Son *diez puntos de no retorno* para poder pensar, planificar y llevar a cabo la pastoral juvenil hoy en día. La convicción que me guía es ésta: después del Sínodo hay algunos “puntos claves” que no permiten una vuelta atrás sin *traicionar las expectativas de Dios* que se escucharon a través de la presencia y la palabra de los jóvenes.

Antes de partir, se requiere una pequeña pero importante nota introductoria. Ninguno de los siguientes diez puntos se centra directamente en el tema del “acompañamiento”. Estoy convencido, de hecho, de que *el acompañamiento es el tema transversal de todo el camino sinodal*, cuya referencia bíblica fundamental es la de los discípulos de Emaús, que es claramente la narración de un camino hecho juntos. Creo que cada uno de los diez puntos que siguen habla del acompañamiento desde un punto de vista diferente cada vez. De hecho, estoy convencido de que el concepto de acompañamiento es por su propia naturaleza “polifacético”, y que por lo tanto es normal pensar que «acompañamiento se dice en muchos modos» (*Instrumentum laboris*, n. 121-29), y que para empezar podemos decir que «el origen del término “acompañar” remite al pan partido y compartido (*cum pane*), con toda la riqueza simbólica humana y sacramental de esta remisión» (*Documento Final*, n. 92).

Si nos damos cuenta, ésta es también la elección del Papa Francisco: ninguno de los nueve capítulos de *Christus vivit* está dedicado directamente al tema del acompañamiento, por la sencilla razón de que toda la Exhortación Apostólica trata de diversas maneras este tema decisivo para la Iglesia de hoy. Entonces

podemos decir que “acompañamiento” es la palabra clave que resume las cosas y nos empuja a un nuevo estilo eclesial de acercamiento a las generaciones más jóvenes.

Y ahora, por fin, empezamos a ver una por una las diez semillas que me gustaría entregaros. Metodológicamente, después de cada punto plantearé una pregunta, que nos va a hacer falta después para el trabajo de intercambio en los grupos.

1. ESCUCHA. La existencia de los jóvenes es una llamada de Dios

La convicción de que «la realidad es más importante que la idea» (cf. *Evangelii gaudium*, n. 231-233) sigue siendo uno de los puntos claves del pontificado del Papa Francisco. Debemos partir de la realidad tal como es y ponernos, en primer lugar, a la escucha de la época en la que vivimos.

Durante el camino sinodal, el diálogo intergeneracional fue muy instructivo. Los obispos y los demás adultos, durante la *Asamblea Sinodal*, debatieron con los jóvenes. Mientras que los primeros tendían a hablar de la “juventud” como una categoría teórica y abstracta, los segundos siempre se referían a su experiencia de vida. Aquí está la primera convicción: «La juventud no es un objeto que pueda ser analizado en términos abstractos. En realidad, la “juventud” no existe, existen los jóvenes con sus vidas concretas» (*Christus vivit*, n. 71). Los Padres sinodales juntos afirmaron con certeza que «aún hoy Dios habla a la Iglesia y al mundo a través de los jóvenes, su creatividad y su compromiso, así como sus sufrimientos y sus peticiones de ayuda. Con ellos podemos leer nuestra época más proféticamente y reconocer los signos de los tiempos» (*Documento Final*, n. 64).

De aquí se desprende la primacía de la escucha atenta de su existencia, porque allí Dios se hace presente. Ellos están inmersos, junto con todos nosotros, en una era de grandes cambios. Vivimos en una época de “metamorfosis”: los jóvenes nos han dicho de mil maneras que la digitalización del mundo y la emergencia ambiental, la nueva comprensión del propio cuerpo y de la sexualidad, el crecimiento exponencial del pluralismo en todos los campos y la aceleración de cada proceso nos colocan en una gran complejidad imposible de dominar.

El mundo es ahora un pequeño pueblo donde debemos aprender a vivir juntos. Esto puede llevar a confusión, rigidez y a cerrarnos. Pero también podría llevarnos hacia nuevos estilos de solidaridad y comunión. Sin duda, este proceso hace que nos volvamos a descubrir frágiles y necesitados de ayuda.

Escuchando a los jóvenes: ¿cuáles son sus inquietudes? ¿Qué le piden a la sociedad y a la Iglesia?

2. FRAGILIDAD. Los jóvenes necesitan ternura y quieren reconciliación

El contexto descrito anteriormente debilita todas las posiciones. Durante el camino del Sínodo surgió la gran y triste realidad de las enfermedades mentales de los jóvenes, de su angustia existencial. La depresión y el suicidio, signos de la falta de sentido que reside en la vida de tantos jóvenes, nos han hecho conscientes de que existe una gran debilidad y fragilidad en las jóvenes generaciones. También y especialmente en aquellos

que se muestran invencibles y violentos.

Cabe señalar que la época de la pandemia ha sacado a relucir una fragilidad sumergida y confusa; no la creó directamente. La fragilidad está ya muy presente en nuestra época tardomoderna y no es una novedad: la novedad es que ha salido a la superficie, ahora es algo conocido por todos.

Es necesario lidiar con la fragilidad y el fracaso. ¡No somos todopoderosos! Y esta conciencia puede ser una gran oportunidad para todos los jóvenes: la de reconocerse nuevamente humanos, la de volver a entrar en contacto con nuestras limitaciones «seguros de que incluso el error, el fracaso y la crisis son también experiencias que pueden fortalecer su humanidad» (*Christus vivit*, n. 233).

Los jóvenes nos han pedido, pastoralmente hablando, una gran cercanía. Cercanía, ternura, caricia, consuelo son palabras que han encontrado eco en muchos pasajes del Sínodo. Y si queremos profundizar aún más, encontramos en el corazón de cada joven un gran deseo de reconciliación.

Todos los presentes en el Sínodo quedamos impresionados por la presencia humilde y profética del hermano Alois, prior de la comunidad monástica de Taizé. Esta experiencia nació con una clara intención ecuménica, es decir, crear una plataforma de escucha, perdón y diálogo entre las diferentes denominaciones cristianas. Y luego se convirtió, poco a poco, en una realidad frecuentada especialmente por los jóvenes. ¿Por qué? ¡Porque los jóvenes buscan unidad y reconciliación!

¿Cómo estamos acompañando las fragilidades y los fracasos de la Iglesia y los jóvenes?

3. BÚSQUEDA. Los jóvenes se han mostrado siempre abiertos y dispuestos

Hoy faltan puntos claves. El cambio y la fragilidad nos ponen en búsqueda, en camino y en movimiento. Ésta es una gran posibilidad para nuestro trabajo pastoral. No hemos respirado, a lo largo del camino sinodal, una actitud de cierre perjudicial hacia el mundo de la fe y la realidad de la Iglesia, sino una «sana inquietud que se despierta sobre todo en la juventud, y que sigue siendo la característica de todo corazón que se mantiene joven, disponible, abierto». La verdadera paz interior coexiste con esta profunda insatisfacción. Decía San Agustín: “Señor, nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti” ». (*Christus vivit*, no. 138).

Estar en búsqueda es característico de hombres y mujeres que tienen en el corazón el deseo de verdad, libertad y justicia. No podemos dar respuestas sin escuchar las preguntas. Este es uno de los problemas de nuestra pastoral: dar respuestas sin haber dejado espacio a las preguntas. ¡Respetar y acompañar la búsqueda de los jóvenes es una actitud muy valiosa, que debemos aprender a fomentar!

Los jóvenes han demostrado estar abiertos al intercambio, respetuosos con las diferentes posturas, abiertos al diálogo y a las razones de los demás. Respiramos un clima de auténtica búsqueda. Las palabras clave me parece que han sido “apertura” y “disponibilidad”. Y de esto, a nivel eclesial, tenemos mucho que aprender. Porque algunas veces nos mostramos tan rígidos como los fariseos, incapaces de dar realmente la palabra a

los demás, cerrados a la escucha de las diferentes posturas. A veces tenemos un concepto de la verdad muy monolítico y poco sinfónico.

Jesús en los Evangelios se revela como un gran compañero de personas en búsqueda. Sabe cómo hacer las preguntas oportunas en el momento justo, sabe cómo esperar el momento adecuado, se mantiene a su lado pacientemente, sin juzgar. Tiene realmente una autoridad, en el auténtico sentido del término, porque «en su significado etimológico *auctoritas* indica la capacidad de hacer crecer; no expresa la idea de un poder directivo sino de una verdadera fuerza generadora» (*Documento Final*, n. 71).

¿Cómo respetamos, acompañamos y alimentamos la sana inquietud de los jóvenes?

4. DISCERNIMIENTO. Todos estamos llamados a cuestionarnos a nosotros mismos

La cuarta semilla que quiero daros es la del discernimiento. La búsqueda no es un fin en sí misma sino que, por su propia naturaleza, tiene el deseo de encontrar algo estable donde el corazón pueda descansar. La inquietud del corazón que nos pone en movimiento es generada por una búsqueda de la plenitud que se hace camino en la vida. Es un camino arduo, plagado de obstáculos, donde reconocer cuál es la vida correcta no es algo automático. Y donde la tentación, el mal y el pecado encuentran un lugar. Entre la luz y el deslumbramiento hay una gran diferencia, sin embargo, a veces pueden confundirse. Distinguir entre la verdad y el error es, a veces, difícil; entre el bien y el mal es muy complicado juzgar. Entre el Dios vivo y los muchos ídolos que tratan de imitarlo uno puede ser engañado.

Por eso una de las grandes palabras del camino sinodal fue “discernimiento”. Ésta es la actitud correcta que hay que tener en tiempos de gran confusión. Es esa actitud que va a la raíz de las cosas y así evita ser engañado por las apariencias. Es ese estilo capaz de distinguir entre lo superfluo y lo esencial, entre lo inútil y lo necesario. Discernir no significa tener a mano la solución inmediata sino buscar lo que Dios nos impulsa a ser porque «el discernimiento conduce a reconocer y a sintonizarse con la acción del Espíritu en auténtica obediencia espiritual» (*Instrumentum laboris*, n. 2). Esto es válido para cada joven, para la comunidad cristiana y para la Iglesia en su conjunto.

Todo el camino sinodal se ha establecido, metodológicamente, como un recorrido comunitario de discernimiento marcado por tres etapas: reconocer, interpretar y elegir. Tanto el *Instrumentum laboris* como el *Documento Final* están estructurados de acuerdo a estos tres verbos. *Reconocer* es mirar y escuchar: se trata de entender no sólo intelectualmente sino sobre todo con un corazón capaz de compasión evangélica. *Interpretar* es reflexionar posteriormente sobre lo que se ha reconocido, utilizando criterios de evaluación coherentes: se trata de buscar las causas con verdad y honestidad y de dar razones de lo que hemos encontrado. Sólo después de estos dos pasos podemos *elegir*, con espíritu profético y valiente, emprender sendas de renovación.

¿Cómo vivimos en nuestros ambientes los procesos de discernimiento abiertos a la acción del Espíritu?

5. ANUNCIO. Estamos llamados a compartir la alegría del Evangelio

Cuando se discierne según el Espíritu, hemos dicho, se llega a lo esencial. Y al final del camino sinodal, el Papa Francisco comprendió lo esencial de la fe: «Más allá de cualquier circunstancia, a todos los jóvenes quiero anunciarles lo más importante, lo primero, eso que nunca se debería callar. Es un anuncio que incluye tres grandes verdades que todos necesitamos escuchar siempre, una y otra vez» (*Christus vivit*, n. 111). ¿Y cuáles son estas tres grandes verdades? Primera: “Dios te ama”. Segunda: “Cristo, por amor, se entregó hasta el final para salvarte”. Tercera: “¡Él vive!” ¡Aquí está el primer, único y principal anuncio expresado en forma directa! Todo el capítulo IV de *Christus vivit* (nn. 111-133) anuncia con claridad estas tres verdades a todos los jóvenes.

¡Los jóvenes tienen necesidad de la verdad, son buscadores de la verdad, a través del discernimiento deben entrar en contacto con la verdad! No se conforman con sucedáneos de la verdad, y cuando sucede que los alejamos de esta perspectiva, nos desprecian. Tienen derecho a que se les anuncie a Jesucristo como camino, verdad y vida.

Es evidente que esta perspectiva, en honor a la verdad muy ecuménica, parece ser la consecuencia lógica del giro kerigmático y misionero que el Papa Francisco está imprimiendo a la Iglesia. No hay libertad sin verdad, y no hay libertad ni verdad sin escuchar la Palabra y sin seguir al Señor: «Si permanecéis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (*Jn* 8, 31-32).

Aquí se abre un gran capítulo de la catequesis para y con los jóvenes. El *Directorio para la catequesis*, recientemente publicado, contiene declaraciones contundentes sobre el vínculo entre pastoral juvenil y catequesis: «La catequesis en el mundo de la juventud requiere siempre renovarse, fortalecerse y realizarse en el contexto más amplio de la pastoral juvenil. Debe caracterizarse por dinámicas pastorales y relacionales de escucha, reciprocidad, corresponsabilidad y reconocimiento del protagonismo juvenil» (n. 245).

¿Qué lugar ocupa el primer, principal y único anuncio en nuestra propuesta de pastoral juvenil?

6. ESPIRITUALIDAD. Los jóvenes deben ser acompañados hacia una sólida amistad con Jesús

En el centro de *Christus vivit* hay una pregunta formidable: «¿Cómo podemos vivir la juventud cuando nos dejamos iluminar y transformar por el gran anuncio del Evangelio?» (n. 134). Plantea entre interrogantes la cuestión de la vida y de la espiritualidad cristiana.

Y en el Sínodo hablamos mucho de espiritualidad. Los jóvenes nos preguntaron sobre la calidad de nuestra liturgia, que muchos de ellos consideran como la primera escuela de la fe. Nos dijeron, de manera un tanto

provocativa, que «los cristianos profesan un Dios vivo pero, a pesar de ello, encontramos celebraciones y comunidades que parecen muertas» (cf. *Instrumentum laboris*, n. 187). Desafiaron a nuestra pastoral juvenil -que a menudo se desarrolla con muestras de gran actividad y eventos muy ruidosos, sobre temas mucho más importantes: el silencio, la oración y la contemplación- al mostrar estima y atracción por la vida contemplativa. En un mundo dominado por el bombardeo ininterrumpido de los medios de comunicación, nos piden que les acompañemos a través de experiencias espirituales de calidad, que les ayudemos a disfrutar de la amistad personal con Jesús, el afecto de la fe, el contacto profundo con la Palabra de Dios.

Pensad en el tiempo que pasamos solos en casa en la pandemia. Fue un tiempo de desierto, pero sabemos por la Biblia que el desierto es el lugar del encuentro íntimo con Dios que dice a Israel: «La llevaré al desierto y hablaré a su corazón» (*Os* 2, 16). Alguno, según los datos de que disponemos, se preguntó sobre la presencia y la ausencia de Dios, sobre el sentido de la vida y la realidad de la muerte: hemos entrado en contacto con una perspectiva de eternidad, superando el presentismo de nuestro tiempo.

Entrar en caminos de espiritualidad significa saber redescubrir “la senda de la belleza” en la pastoral juvenil, abriendo resquicios de trascendencia en un mundo que con demasiada frecuencia nos empuja a encerrarnos en un marco de sentido inmanente. Y belleza rima con santidad: «Los jóvenes necesitan santos que formen otros santos, mostrando así que “la santidad es el rostro más bello de la Iglesia”» (*Documento final*, N° 166).

¿Qué experiencias ofrecemos a los jóvenes para fortalecer su amistad con el Señor Jesús?

7. FAMILIA. El deseo de una Iglesia con un rostro y un estilo familiar

En un momento en que los jóvenes se encuentran en una situación de incertidumbre y errancia e incluso de orfandad espiritual, la comunidad cristiana está llamada a hacerse “adoptiva” con respecto a ellos, porque «en todas nuestras instituciones debemos desarrollar y fortalecer mucho más nuestra capacidad de acogida cálida, ya que muchos jóvenes que llegan se encuentran en una profunda situación de orfandad. Y no me refiero a ciertos conflictos familiares, sino a una experiencia que afecta por igual a niños, jóvenes y adultos, madres, padres e hijos» (*Christus vivit*, n. 216). Así pues, hay que poner el acento en la capacidad generadora de la Iglesia que se concibe según un paradigma familiar capaz de abandonar un estilo individualista de pastoral juvenil para asumir uno más comunitario «caracterizado por un clima familiar de confianza y seguridad» (*Documento Final*, n. 138). De este modo, la Iglesia se convierte en un hogar acogedor para todos los jóvenes, sin excluir a nadie.

Durante el debate sinodal muchas veces se pidió a la Iglesia en su conjunto que pasara de la primacía de las estructuras a la de las relaciones, de la centralidad de la burocracia a la de las relaciones. Existe en este momento histórico, al menos en el Occidente secularizado, un gran “deseo de comunidad” que las generaciones más jóvenes expresan a través de diversas peticiones, porque «la experiencia comunitaria sigue siendo esencial para los jóvenes: si por un lado tienen “alergias a las instituciones”, es igualmente cierto que

buscan relaciones significativas en “comunidades auténticas” y el contacto personal con “testigos luminosos y coherentes” ». (*Instrumentum laboris*, No 175). Piden que la Iglesia tenga cada vez más un rostro familiar donde cada uno se sienta llamado por su nombre y acogido en el punto donde se encuentra su libertad, sin ningún juicio previo.

Muchos jóvenes, especialmente los que crecieron en situación de “pobreza familiar”, mostraron una gran sensibilidad hacia la familia y un gran deseo de familia. Si es verdad que todos nosotros hemos «recibido el Espíritu que nos hace hijos adoptivos» (*Rom* 8, 15), debemos comprometernos para que la Iglesia ¡sea verdaderamente una gran familia!

¿Cómo podemos hacer más acogedora y familiar nuestra comunidad cristiana?

8. VOLUNTARIADO. El camino real (de realeza) de la caridad y el servicio responsable

Por supuesto, la Iglesia está llamada a adoptar un rostro familiar, pero no cerrado. Sabemos lo fuerte que es hoy en día la rigidez en formas de multicomunitarismo, es decir, de comunidades en las que hay una intensidad de relaciones humanas pero se vive cerrado hacia los demás. Comunidades que están una al lado de la otra sin contagiarse, sin entrar en contacto, sin relaciones significativas, sin ningún intercambio de dones. En cambio, el campo de acción de la Iglesia es el mundo y es impensable una comunidad cristiana que no esté abierta a todos, sin que nadie quede excluido.

Durante todas las fases del Sínodo hubo una insistente presión para ser y permanecer una “Iglesia en salida”. Partiendo de la convicción de que los cristianos son verdaderamente ellos mismos sólo cuando salen de sí mismos y van al encuentro de los otros, sean quienes sean. Esta es la identidad “extática” del cristiano, muy bien expresada por el Papa Francisco cuando dirige estas palabras a cada joven: «Ojalá vivas cada vez más ese “éxtasis” que es salir de ti mismo para buscar el bien de los demás, hasta dar la vida» (*Christus vivit*, n. 163).

Esta posición da de lleno con uno de los grandes fenómenos de nuestro tiempo que tiene muchas veces como protagonistas a los jóvenes: el del voluntariado, el del compromiso caritativo, el del servicio a los más pequeños y pobres. Hemos tenido muchos testimonios conmovedores de jóvenes que encontraron la fe a través del servicio y el contacto con la Iglesia que se opone con hechos y con la verdad a la cultura del descarte a través de la *diakonía*.

Es precisamente aquí donde se encuentran dos grandes polaridades que caracterizaron el camino sinodal: el servicio generoso y el discernimiento vocacional. Hay una inclusión mutua: la escuela de servicio es adecuada para discernir la vocación, precisamente porque habla a través de la voz y el rostro de los pequeños y de los pobres. De hecho, se identifica con ellos porque «todo lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (*Mt* 25,40).

¿Cómo se lleva a cabo el servicio a los más pequeños y a los más pobres desde la pastoral juvenil?

9. VOCACIÓN. Los jóvenes son amados personalmente y llamados por su nombre por Dios

El tema del Sínodo, tal como lo aprobamos al principio, nos pareció problemático: “Los jóvenes, la fe y el discernimiento vocacional”. Nos preguntamos: Este tema, puesto así, ¿es un cortocircuito o una profecía? Nos pide que nos ocupemos de todos los jóvenes y, al mismo tiempo, nos empuja al discernimiento vocacional. En el imaginario eclesial común, al menos en el católico, cuando hablamos de “vocación” nos referimos casi exclusivamente a las así llamadas “vocaciones de especial consagración” (ministerio ordenado y vida consagrada), excluyendo casi siempre la vida matrimonial y el mundo del trabajo.

Durante distintos momentos del Sínodo descubrimos que en la base de la identidad humana y cristiana se encuentra el hecho de ser amados y llamados. Vimos que la cuestión vocacional es la gran cuestión de la identidad y que la vocación es directamente la donación de un sentido y de una finalidad a la existencia: por eso se nos dijo que “la gran pregunta” que todo joven debe hacerse es “¿para quién soy yo?”. (cf. *Christus vivit*, n. 286). Esta pregunta «ilumina de modo profundo las decisiones en la vida de manera profunda, porque recuerda que hay que asumirlas en el horizonte liberador de la entrega de uno mismo. ¡Este es el único camino para alcanzar una felicidad auténtica y duradera!» (“*Documento final*”, n. 69). Y esto realmente concierne a todos los jóvenes ¡nadie está excluido!

Estoy convencido de que la pastoral juvenil no estará a la altura de su vocación si no acompaña a cada joven al descubrimiento y aceptación de su vocación personal. Entrar en el mundo de la propia vocación significa captar el sentido profundo de la propia existencia, ayudando así a cada joven a entrar en contacto con la gran realidad para la que “yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo” (*Christus vivit*, n. 254). Por eso es cada vez más importante que «la catequesis se lleve a cabo dentro de la pastoral juvenil y con una fuerte connotación educativa y vocacional» (*Directorio para la catequesis*, n. 249).

¿Nos sentimos cualificados para acompañar a los jóvenes en su discernimiento vocacional?

10. SINODALIDAD. Dios y los jóvenes están unidos por un gran deseo común

La unidad expresada anteriormente entre vocación y misión está claramente orientada a la comunión. Y debo decir que el camino sinodal nos ha reservado una gran sorpresa que al principio no era ni siquiera imaginable, pero que se impuso durante la *Asamblea Sinodal* como inspiración compartida y acogida.

En el *Instrumentum Laboris* se planteó la pregunta fundamental sobre cuál forma de Iglesia era la apropiada para los jóvenes de hoy. Era una pregunta abierta, a la que nadie había dado una respuesta clara. Las directrices generales iban siempre hacia un “hacer algo” para los jóvenes dentro de la lista de las diferentes prioridades de acción. Muchos presionaban para que la Iglesia hiciera una “opción preferencial por los jóvenes”.

Pero las palabras de los jóvenes nos descolocaron. No nos pidieron como primera cosa que hiciéramos algo por ellos sino que antes que nada nos pidieron que ¡nos pusiéramos en camino con ellos! Nos invitaron a una

verdadera conversión de “hacer para” a “estar con”. ¡Es una revolución copernicana!

Y los jóvenes fueron escuchados. No sólo porque en el *Documento final* del Sínodo esta petición suya fue tomada en serio y desarrollada con amplitud (cf. nn. 114-127), sino también porque descubrimos que éste es el gran deseo de Dios para su Iglesia: «El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio» (*Documento final*, n. 118). El Papa Francisco, escuchando las inspiraciones de Dios y las de los jóvenes, eligió como tema para la próxima Asamblea General Ordinaria del Sínodo de los Obispos -aún en fase de preparación y que se celebrará en octubre de 2022- precisamente la sinodalidad: “*Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión*”.

La Iglesia ha vuelto de este modo a ser peregrinante junto con los jóvenes. Estoy convencido de que la fidelidad a esta gran inspiración traerá indudables progresos en primer lugar en el ámbito ecuménico e interreligioso. Y tal vez sea precisamente la pastoral juvenil -que «sólo puede ser sinodal» (*Christus vivit*, n. 206)- la que debe avanzar sin demora en esta dirección, abriendo nuevos caminos para el bien de todos. En el fondo, el “giro sinodal de la Iglesia” no es otra cosa que el intento de encontrarnos sobre la base de lo que nos une en lugar de lo que nos divide. Y si nos comprometemos a mirarnos con honestidad, debemos admitir que son muchas más las cosas que nos unen que las que nos dividen.

¿A través de qué opciones concretas nuestra Iglesia local se está volviendo cada vez más sinodal?

Conclusión

Empezamos leyendo la parábola del sembrador, madre de todas las parábolas. Y os he dejado sólo diez semillas, de las muchas que se sembraron durante el Sínodo sobre los jóvenes. Una vez más, Dios se ha mostrado muy generoso con su Iglesia. ¡Ahora sí que nos toca a nosotros!

Para salir de metáforas, os he propuesto “diez puntos de no retorno” para la pastoral juvenil de hoy. En mi opinión, ya no es posible planificar la pastoral juvenil sin tener en cuenta estos puntos, tanto individualmente como en conjunto. Los presenté como *puntos de no retorno* porque son el resultado de un discernimiento de la Iglesia que duró tres años y que ha involucrado a toda la Iglesia universal. No volver a empezar desde aquí sería traicionar a la Iglesia y, en cierto modo, situarse fuera de ella.

Lo que se ha dicho antes vale también para nuestro estudio y nuestra formación personal comunitaria. *Los documentos del Sínodo deben ser leídos, estudiados, profundizados y difundidos*. También deben ser criticados cuando sea necesario para avanzar en la reflexión. Sin embargo, no puede evitarse el abordarlos, precisamente porque representan el punto de vista “oficial” de la Iglesia sobre la pastoral juvenil al inicio del tercer milenio. ¡Y esto es realmente un punto de no retorno! No sé cuándo será el próximo Sínodo de la Juventud, pero no creo que sea pronto.

Me parece que, en conjunto, estos diez puntos nos ofrecen *un modo de ser Iglesia que hace del acompañamiento su estilo específico*, capaz de mantener unida la integridad del anuncio cristiano y la gradualidad de su propuesta. En

efecto, estoy convencido de que la pastoral juvenil sólo puede prosperar si piensa en la evangelización y en la educación en términos de inclusión recíproca, ya que hoy más que nunca estamos llamados a actuar según «el principio de evangelizar educando y educar evangelizando» (cf. *Directorio para la catequesis*, n. 179).

Por lo tanto, estamos llamados a abrazar una idea de Iglesia y ministerio que necesita ser repensada de acuerdo a la *forma dinámica y compleja del “poliedro”*. De hecho, como dice el Papa Francisco, «el modelo no es la esfera, que no es superior a las partes, donde cada punto es equidistante del centro y no hay diferencias entre un punto y otro. El modelo es el poliedro, que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad» (*Evangelii gaudium*, n. 236). El poliedro, compuesto de varias partes que nunca se pueden reducir unas a otras, no se puede simplificar sino que debe mantenerse en toda su rica diversidad interna.

Esto es aún más cierto en el caso de la pastoral juvenil, que también debe ser concebida y realizada de modo multiforme: no, por lo tanto, dentro de un esquema completo, perfecto, racional y gestionable, sino partiendo de *una dinámica siempre abierta a la acción del Espíritu Santo* que es el auténtico protagonista de la misión pastoral de la Iglesia. Además, como sabemos, el Espíritu del Señor nos sorprende cada vez: no crea unidad haciéndonos a todos iguales, sino que nos impulsa a integrar nuestras diferencias y así entrar en ese misterio de comunión que es Dios mismo.

